

Etnomanía vs. ciudadanía *

FERNANDO SAVATER
Universidad Complutense de Madrid

«No tengo nada contra los forasteros. Mis mejores amigos son forasteros. Pero lo que pasa es que este forastero es de aquí»

Asterix

No dudo que el debate en torno a los orígenes, la actualidad y las perspectivas del nacionalismo en el siglo XXI tenga aspectos doctrinales especialmente fascinantes. Sólo me atrevo a decir que a mí no se me alcanzan, lo cual ha de deberse ciertamente a mi incompetencia en tan ardua materia. Con más resignación que entusiasmo he frecuentado las opiniones al respecto de Ernest Gellner, Clifford Geertz y Hobsbawm, entre otros; me parece que el catálogo más razonado y exhaustivo de los diversos puntos de vista sobre la cuestión —modernidad y perennialismo, primordialismo y etno-simbolismo, etc.— es el que ofrece Anthony D. Smith en *Nacionalismo y modernidad* (Istmo, Madrid, 2000). Por mi parte, desde luego, me doy por satisfecho con esta reducida y episódica erudición. He notado que, según acumulo lecturas acerca del tema, mi impaciencia crece más de lo que aumenta mi sabiduría. Me siento como el habitante de una aldea visitada cada noche por un tigre devorador de hombres al que se le ofre-

cieran como remedio a su angustia estudios sobre la morfología de los felinos depredadores y consideraciones acerca de si la fiera es amarilla con rayas negras o mejor negra rayada de amarillo.

Lo que yo quisiera hacer aquí brevemente no es una contribución más a la «tigrología» (o como se llame la ciencia que estudia a esos hermosos bichos), sino una llamada de alarma: un toque a rebato contra los devoradores de hombres. Es decir, una denuncia de la radicalización étnica del nacionalismo como sería amenaza para las posibilidades de la izquierda razonable y el inconformismo constructivo en los países de la Europa actual. Antes de nada, sin embargo, quizá sea oportuno aclarar que entiendo por «izquierda», «inconformismo constructivo» o en general por una política progresista en el presente contexto europeo. Y ello es tanto más necesario cuanto que algunas versiones nacionalistas y etnicistas se presentan como signos lamentables de la identidad de izquierdas, frente a la globalización o

* Esta ponencia fue leída en el Parlamento Europeo de Bruselas el día 29 de marzo del 2001, dentro del seminario «Lenguajes y temas de la derecha en Europa».

el capitalismo multinacional. Me gustaría subrayar a continuación que en realidad no operan como rebeldías sino como complejidades de hecho con esas tendencias supuestamente aborrecidas.

Parto del postulado siguiente: todos los seres humanos nacemos involuntariamente sometidos a un orden sociocultural que nos preexiste, fruto de azares, atavismos, expolios y reformas acumulados durante siglos. Podemos sufrirlo pasivamente, intentando obtener el máximo provecho personal dentro de él (o al menos procurando evitar que nos vaya demasiado mal) o podemos intentar —intelectual y prácticamente— reformarlo de modo que ese orden involuntario se convierta en voluntario, o sea, estableciendo los requisitos mínimos que deberían reunir las instituciones para que la mayoría de los humanos las aceptasen y no sólo las padeciesen. Esta segunda actitud política es la que denomino «de izquierdas», «ilustrada», «progresista» o cualquier término semejante: en suma, una disposición no sólo racional instrumentalmente, sino también razonable, fundada en el reconocimiento universal sin restricciones de lo humano por lo humano.

El salto emancipador de lo involuntariamente padecido a lo voluntariamente asumido pasa siempre por aligerar en la medida de lo posible la carga determinante del pasado que cada cual soporta al nacer, en beneficio de una igualdad de derechos que permitirá a todos elegir y participar desde la pluralidad en el futuro que va a construirse socialmente. Es decir, disminuye la importancia de lo inmodificable (genealogía, herencia, tradición, condicionamientos biológicos, etc.) y potencia las capacidades de opción personal, equilibrando las oportunidades de que cada cual desarrolle un proyecto vital propio. Por supuesto, este desideratum sólo puede lograrse de modo relativo: uno de los datos esenciales de nuestra finitud es que nunca partimos de cero. El «hombre nuevo» en

términos absolutos es una imposibilidad histórica y aspirar a establecerlo por decreto ha llevado a terribles manipulaciones totalitarias a lo largo del siglo xx. En nuestro acomodo social siempre cuenta el elemento de pertenencia (los vínculos contingentes de afecto y cultura que nos vienen dados) junto al de participación, ese limitado abanico de nuevas posibilidades optativas de asociación, sentimiento y creación que se abre ante nosotros. Intentar un modelo de sociedad que, sin aniquilar ni menospreciar las pertenencias de las que partimos, facilite al máximo el juego participativo ha sido el esfuerzo progresista de la época moderna. El resultado de este empeño sigue siendo incompleto y ambiguo, pero, a mi juicio, merece apoyo continuado y no desdeñoso abandono.

Si debiéramos condensarlo en una sola palabra, yo elegiría ésta: ciudadanía. O sea, una forma de integración social basada en compartir derechos semejantes y no en la pertenencia a determinados grupos vinculados por lazos de sangre, de tradición cultural o de jerarquía hereditaria. Desde luego, en todas las sociedades democráticas que conocemos —ya establecidas como estados de derecho— cuenta también y mucho el elemento nacional, étnico, la carga previamente adquirida de lengua, religión o costumbres secularmente compartidas. Pero tales elementos provienen por lo general de pertenencias múltiples, entrecruzadas, porque las democracias actuales son siempre mestizas (aunque a menudo han olvidado que lo son) y amalgaman bajo leyes comunes formas vernáculas de orígenes diversos. No se trata de la simple yuxtaposición de peculiaridades raciales o folklóricas, sino de una multiplicidad de identidades que se intersectan enmarcadas y posibilitadas por un mismo cuadro jurídico que garantiza su libre ejercicio. En ello estriba la radical novedad de la sociedad de ciudadanos y su avance ético-político respecto a otras fórmulas convivenciales del pasado. Como indica

Michael Ignatieff «no quiere esto decir que antes no existieran las sociedades multiétnicas y multiculturales, pero no eran democracias basadas en la igualdad de derechos, ni se sostenían en la premisa de un modelo cívico de inclusión, en la idea de que lo que mantiene unida a una sociedad no es la religión común, la raza, la etnia, la lengua o la cultura, sino un acuerdo normativo respecto al imperio del derecho y la creencia de que somos individuos iguales y portadores de los mismos derechos» («El narcisismo de la diferencia menor», en *El honor del guerrero*, Madrid, Taurus, 2000).

En la actualidad vemos alzarse contra esta frágil y aún vacilante novedad progresista de la ciudadanía un movimiento reaccionario que me atrevería a denominar etnomanía. Consiste en afirmar que la pertenencia debe primar sobre la participación social y determinarla, que son los elementos no elegidos y homogéneos los que han de fundar la integración en la comunidad. Se trata de la primacía de lo genealógico, lo lingüístico, lo religioso o las ideologías tradicionalistas sobre la igualdad constitucional de derechos. O sea, el predominio de unas condiciones del pasado compartidas homogéneamente por unos cuantos sobre el pluralismo aunado del futuro en el que deben encontrarse todos. Ayer se mencionaba como clave el término de «raza», hoy vastamente desacreditado por la antropología y por los atropellos cometidos en su nombre: ahora se prefiere hablar de «etnia». El sentido sigue siendo semejante: la adscripción nativa a un territorio y a un grupo cultural como raíz de la posesión de la ciudadanía *optimo iure*. Como dice Giovanni Sartori: «Abolida la servidumbre de la gleba que ligaba al campesino con la tierra, hoy tenemos el peligro de inventar una “servidumbre de la etnia”».

Como parece que —según la clásica descripción de la hipocresía— el vicio siempre debe rendir homenaje a la virtud para asentar su prestigio, esta conculcación de

los derechos individuales de ciudadanía se hace en nombre de unos supuestos «derechos colectivos», aún más fundamentales y superiores. Los cuales deben prevalecer sobre ellos, según los etnomaníacos que los reivindican, en caso de incompatibilidad entre unos y otros. Por supuesto, esa incompatibilidad se da prácticamente siempre, porque para ella han sido inventadas esas colectivizadas reivindicaciones legales. Desde luego no se trata de discutir el derecho de cada cual a su lengua materna, su religión, sus tradiciones, etc. —la protección de los cuales implica las correspondientes consideraciones legales de alcance supraindividual— sino de rechazar como principio que el estado de derecho no deba ser sino el refrendo de una homogeneidad étnica preexistente y que los estados democráticos ya vigentes deban fragmentarse de tal modo que respondan a una diversidad de etnias coercitivamente homogéneas. No es lo mismo el derecho a la diversidad, base del pluralismo democrático, que la diversidad de derechos, que lo aniquila.

En la sociedad pluralista se respeta la multiplicidad de identidades étnicas, pero también se permite su combinatoria polimorfa: de tal modo que la pertenencia a una genealogía no determina obligatoriamente la adscripción a una lengua, a una religión ni a una ideología, sino que permite múltiples configuraciones personales. La etnomanía, en cambio, impone el lote identitario completo y para ella cada uno de sus rasgos refuerza y sobrecarga los demás. Así, por ejemplo, bajo la dictadura franquista, el auténtico «español» debía hablar en castellano, ser católico y anticomunista o se transformaba en cómplice de la llamada «Anti-España». Y actualmente para otros integristas de signo pretendidamente opuesto ser verdadero «vasco» exige hablar euskera, rechazar lo español (o lo francés) y reivindicar una determinada territorialidad como espacio político. En ocasiones especialmente gra-

ves, se habla también del RH negativo y otros disparates racistas. En la antigua Yugoslavia a partir de su fragmentación irresponsable y también un poco en muchas otras partes con motivo de la inmigración, vienen oyéndose cosas semejantes. A fin de cuentas, la etnomanía sostiene que cada etnia forma un bloque inconsútil y que es incompatible, por razones ancestrales, con el mestizaje cultural o político que de hecho se da en las democracias de ciudadanos.

Pese a que estas reivindicaciones etnicistas suelen hacerse en nombre de la «diversidad» humana, su resultado final —allá donde triunfan— es el predominio de la uniformidad impuesta sobre la variable pluralidad real de los individuos. Los etnomaníacos son partidarios de un mosaico de grupos distintos pero cada uno de ellos cerrado y homogéneo; es decir, lo que pretenden es una diversidad de uniformidades, un surtido de guetos antagónicos. Las etnias así consideradas no pertenecen a la historia, ni siquiera a la antropología, sino más bien a la zoología o a la botánica. Son especies clasificadas platónicamente de una vez por todas en las que sólo cuenta la pureza diferenciada del conjunto, no la indomable y traicionera singularidad individual, porque los humanos tenemos piernas para viajar y mezclarnos, no raíces perpetuadoras de lo idéntico. De aquí que esa reivindicación étnica sea más fácil de encuadrar en la ecología que en la tradición revolucionaria. En una entrevista reciente concedida a un periodista del «New Yorker», Arnaldo Otegui —líder de Euskal Herritarrok, el brazo político de la organización terrorista ETA— proclama que los vascos son «el último pueblo indígena de Europa» (?) y que, en este sentido, salvar a la cultura vasca de la extinción —destino que, por lo visto, le aguarda si continúa mezclándose con la española y la francesa— «puede ser comparado a la necesidad de salvar la selva amazónica».

A veces, para dar un barniz izquierdista a la propuesta étnica contra la ciudadanía se habla de «resistencia frente a la globalización». En realidad, lo que así se lleva a cabo es una labor de zapa contra los estados de derecho existentes que hoy ofrecen al menos un mínimo de garantías sociales y de control democrático ante ese capitalismo global especulativo sin otro objetivo que la maximización inmediata de beneficios. La proliferación de nichos de identidad étnica no sólo no contraría los aspectos más perversos de la jerarquización regional del mundo según intereses depredadores, sino que favorece el proceso al debilitar las únicas instituciones nacionales que ahora pueden ofrecer cierta protección sociopolítica para resguardarse de él.

Pero el peor efecto de la etnomanía anti-ciudadana es la fabricación de «extraños» dentro de cada comunidad. Es un proceso bien descrito por Ulrich Beck en su ensayo «De vecino a judío», incluido en el libro *La democracia y sus enemigos* (Barcelona, Paidós, 2000). El «extraño» en este sentido no es solamente alguien llegado de fuera, cualquier inmigrante que trata de encontrar trabajo y aspira a la ciudadanía en un país de adopción. Aunque muchos etnomaníacos muestran una actitud hostil o recelosa ante los forasteros, no es infrecuente que otros estén dispuestos a aceptarlos siempre que asuman voluntariamente los rasgos considerados distintivos de la etnia a la que quieren incorporarse. Pero, en cambio, todos ellos rechazan al «extraño» que es también su propio vecino, al forastero interior: es decir, a quien reúne las condiciones territoriales o sanguíneas para pertenecer a la etnia pero, sin embargo, difiere de ella en algún aspecto cultural o ideológico. Este «extraño» no sólo es distinto, sino también un traidor o un invasor, en cualquier caso una amenaza para la homogeneidad grupal: a fin de cuentas, como señala Beck, su simple presencia junto a los étnicamente

correctos demuestra de forma nítida que «lo natural» del «orden de los de aquí» es artificial, convencional. La proclamada incompatibilidad con esos vecinos «judai-zados» —y a veces perseguidos como tales con métodos acuñados por el nazismo— pretende resguardar la pureza coercitiva de la etnia de tan indeseable contagio: el pecado de los así perseguidos no es tanto ser lo que son, sino mostrarnos la aleatoriedad de lo que somos los étnicamente correctos.

Para acabar, paso de lo abstracto a lo concreto y nombro finalmente al devorador de hombres que por desgracia mejor conozco de los que hoy vagan por Europa. El radicalismo etnicista vasco es un enemigo potencialmente totalitario que compromete los derechos de ciudadanía en dos Estados europeos. Su mensaje destructor de la convivencia —apoyado por una intensa actividad terrorista— intenta justificarse con fórmulas tomadas de la tradición emancipadora de la izquierda. Y algunas personas bienintencionadas (o sencillamente demasiado estúpidas para comprender lo que está en juego) que se consideran deudoras de esa tradición aún suelen prestarle oídos comprensivos. Denunciar tal falacia peligrosamente reaccionaria es el objetivo principal de mi intervención.

Postscriptum

Después de haber escrito estas páginas, llega a mis manos la novela de política-ficción titulada «El informe Lugano», publicado en España por la ONG Intermón. Su autora es Susan George, una ensayista franco-estadounidense conocida mundialmente por sus estudios de las relaciones Norte-Sur, directora asociada del Instituto Transnacional de Amsterdam y presidenta del *Observatoire de la Mondialisation*, con

sede en París. Este relato con fuerte componente ensayístico expone las supuestas y brutales conclusiones de un grupo de expertos, contratado por los amos económicos del mundo para resolver las contradicciones del capitalismo mundializado y asegurar su perpetuación. Entre las preguntas que ese implacable concilio debe responder está la siguiente: «¿Cómo contribuir a crear una atmósfera favorable para las hostilidades intergrupales que a su vez propicien la reducción de la población?»

He aquí unos extractos de la respuesta: «La herramienta psicológica más útil jamás creada para estos fines es *la política de la identidad* (...). Lo ideal es que los individuos de todo el mundo se identifiquen con fuerza con un subgrupo étnico, sexual, lingüístico, racial o religioso (...). Hay que alejar activamente la noción de ciudadanía (...). Hay que proporcionar apoyo material y moral a los más agresivos particularismos (...). Buscamos fundamentalistas de todas las razas y grupos (...) Que estarán preocupados sobre todo por sus *derechos* (...) entre ellos el derecho a recibir un trato especial en nombre de errores pasados y presentes, reales o imaginarios (...). La política de identidad tiene dos ventajas: (...) mantiene a los grupos centrados en sí mismos y alejados de los auténticos actores de la escena global que se hacen así invisibles (...) y bloquea la solidaridad. En lugar de preguntarse *qué pueden hacer*, la gente deberá centrarse en *quién es*. La globalización económica puede avanzar sin obstáculo siempre y cuando la gente esté psicológicamente ciega (...). Nada más fácil que inducir una (falsa) conciliación que continúe indefinidamente gracias a inextricables recriminaciones mutuas que aumentan vertiginosamente el odio y las enemistades de sangre.»